

No me toques

Andrea Camilleri



No me toques

Andrea
Camilleri

Traducción de
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1396

Título original: *Noli me tangere*

- © Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milano, 2016
I edizione gennaio 2016
- © por la traducción, Juan Carlos Gentile Vitale, 2017
- © Editorial Planeta, S. A., 2017
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-233-5214-2
Depósito legal: B. 1.815-2017
Composición: Víctor Igual, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

5 de junio de 2010

—¿Diga?

—Mattia...

—¿Cómo estás, cariño?

—Ahora mejor, la casa por fin está a una temperatura agradable y he podido trabajar. ¿Desde cuándo no veníamos?

—Déjame pensar... Desde enero.

—También he tenido que limpiar un poco. Había polvo por todas partes.

—¿Has cenado?

—Sí.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

—¿Ha pasado el lebeche?

—Casi del todo. Ahora voy a dormir un poco.

—¿Me llamas por la mañana?

—¿A las nueve te va bien?

—Muy bien.

—Buenas noches, Mattia.

—Buenas noches, cariño.

7 de junio de 2010

—No, no, absolutamente normal...

—Piénselo bien. Hasta el más mínimo detalle, aunque a usted le parezca irrelevante, a nosotros puede sernos útil.

—¡Pero imagínese si no he pensado y he vuelto a pensar! De día y de noche, ya no consigo ni dormir. Yo, se lo repito, no he notado nada anormal... Y nunca he sido un marido desatento, créame. Aunque en los últimos dos o tres días le había venido un lebeche más fuerte de lo habitual...

—No lo he entendido, perdone. ¿Ha dicho lebeche? Pero ¿el lebeche no es el viento del desierto?

—Perdóneme usted, sí, es el viento del desierto; he empleado una palabra de nuestra jerga familiar. Decía que tenía el lebeche, vaya a saber por qué lo llamaba así, cuando no le apetecía hacer nada y se quedaba durante horas en la cama mirando el techo. En silencio y de mal humor, ¡ay de ti si la molestabas! Se aislaba por completo del mundo exterior, no hablaba ni conmigo. Desconectaba, como suele decirse. Le ocurría al menos una vez cada dos meses;

luego, al cabo de unos días, se le pasaba y volvía a ser...

—¿Qué causaba esos cambios de humor?

—Nada en concreto.

—En resumen, una cuestión de carácter.

—No exactamente. No siempre fue así.

—Entonces, ¿cuándo comenzó?

—Esta historia del lebeche pienso que era una manera de obtener una total concentración; estaba en la cama y escuchaba...

—¿Qué escuchaba? ¿Música?

—No, no, se escuchaba a sí misma, sus pensamientos, su cuerpo. En efecto, el lebeche le empezó hace un año y medio, cuando decidió dar el gran paso y escribir su primera novela...

—¿Ella también?

—¿Se asombra? ¿Qué le parece tan extraño? Habríamos sido la típica pareja de escritores... Hay tantas... Moravia y Morante, por ejemplo.

—¿Cómo se conocieron?

—¿Sabe?, recibo decenas de manuscritos de autores desconocidos que me piden que les escriba dos líneas de presentación para un editor... En general, cosas ilegibles. Laura me mandó unas poesías que no estaban nada mal, pero nada mal, para que le diera mi opinión... Le contesté de forma positiva, ella se alegró y me pidió una cita. Me enamoré de ella en cuanto la vi entrar en mi estudio. Un verdadero flechazo. Como le sucedió al pobre Carducci con Annie Vivanti... Incluso ahora Laura es tan bella como entonces.

—¿Cuándo se casaron?

—Hace cuatro años. Cuatro años y tres meses, para ser exactos.

—¿Hijos?

—No quiero tenerlos.

—¿La señora opina lo mismo?

—Creo que sí.

—¿Qué significa «creo»?

—Creo significa creo. Si no le gusta el verbo, lo cambio de inmediato. ¿Le parece mejor «pienso que sí»?

—No se altere, no pretendía...

—No me he alterado. ¿Decía...?

—¿No lo han hablado entre ustedes?

—¿El qué?

—Tener o no tener hijos.

—No.

—Me parece extraño.

—Tampoco en este caso hay nada de extraño. Mire, antes de que nos casáramos le dije a Laura que no quería hijos, y ella no... no tuvo ninguna reacción, eso es todo. Y desde entonces no ha vuelto a tocar este tema.

—Permítame una curiosidad. ¿Por qué usted está tan decidido a no...?

—Demasiada diferencia de edad. Trate de entender. Cuando nos casamos, Laura tenía treinta y un años, y yo, sesenta y cinco. Habría podido ser su... Si hubiéramos tenido hijos, habría sido un padre-abuelo. Lo encontraba absolutamente ridículo, y aún pienso lo mismo.

—¿Quién fue, de los dos, el que propuso que se casaran?

—Yo.

—¿La señora aceptó enseguida?

—Sí.

—Por tanto, de inmediato se...

—No de inmediato.

—¿Por qué?

—Laura me pidió sólo que retrasara un poco el anuncio oficial a los amigos.

—¿Con qué fin?

—No quería seguir arrastrando a nadie.

—¿Se puede explicar mejor?

—No me resulta fácil.

—Lo siento, pero...

—Para mí es muy embarazoso.

—Debo insistir.

—Bien, Laura, como es tan guapa, es natural que haya tenido historias con varios hombres..., historias que no habían concluido en el momento en que decidimos casarnos..., no sé si me explico. Por eso pretendía ajustar las cuentas, cortar de forma definitiva.

—Entiendo. Quiso barrer con todo.

—Sí, ésa era su intención.

—Permítame entender mejor.

—Si no hay más remedio...

—¿Me está diciendo que alguna historia ha continuado incluso después de su boda?

—Digamos mejor que hubo algunos coletazos que, sin embargo, gracias a la habilidad de Laura, no

han turbado en absoluto la marcha de nuestro *ménage*.

—Por casualidad, ¿la señora le ha dado los nombres de estos... coletazos?

—Nunca. Ni yo se los he pedido. Había un pacto tácito. Sabía que, a pesar de que continuaba teniendo algún encuentro con estos hombres, su intención era romper con ellos. Como, en efecto, ha sucedido.

—¿Está seguro?

—Laura me ha convencido. Con hechos, no con palabras. Y no quiero entrar en detalles.

—No se los estoy pidiendo.

—Perdone.

—¿Qué le parece si recapitulamos?

—Como quiera. ¿Desde el principio?

—Sí.

—Pues... Anteayer, después de haber desayunado solo porque Laura se había quedado en la cama, entré en su habitación para ver cómo estaba y la encontré levantada y vestida de punta en blanco.

—¿Duermen en habitaciones separadas?

—No habitualmente, sólo en los días del lebeche. Como le decía, la encontré vestida y con la maleta casi hecha. Me dijo que había decidido ir a pasar algunos días a nuestra casa de campo.

—¿Lo había hecho otras veces?

—Sí.

—¿Dónde está la casa?

—En Gonfalone, a dos horas en coche de aquí. La acompañé abajo hasta su automóvil, nos abrazamos, nos besamos y se fue.

—¿Cómo le pareció que estaba?

—Diría que serena.

—¿Estaban sólo ustedes dos en la casa?

—No, estaba también su vieja asistenta, Filippa.

—Continúe.

—A las cinco me llamó. Me dijo que había encontrado la casa en orden, aunque un poco húmeda, hasta el punto de que había encendido la calefacción y la chimenea.

—¿Dio señales de vida, después?

—Sí, a las nueve. Me contó que había trabajado de forma intensa en la novela, que el lebeche se le había pasado y que se iba a la cama cansada pero contenta. ¿Qué más? Había cenado, el congelador siempre está lleno, tenía mucho apetito. Quería levantarse temprano y volver a escribir. Nos dimos las buenas noches y quedamos en llamarnos a la mañana siguiente. Sin embargo, me despertó el teléfono; miré instintivamente el reloj y eran las doce y media de la noche. Era un amigo francés. Quería comunicarme que se había enterado a través de una buena fuente de que me habían otorgado el premio a la mejor novela traducida en Francia. Una noticia buenísima. Así que llamé a Laura al móvil. Ella, cuando se va a dormir, lo deja siempre sobre la mesilla. Estaba apagado. Entonces la llamé al fijo. Sonó durante un buen rato, pero no contestó nadie. Lo intenté una y otra vez. Nada. Me preocupé. ¿Por qué no respondía? ¿Estaba mal? O bien... ¿Sabe?, comencé a preocuparme, la casa está aislada y en estos tiempos que corren... Me vestí, cogí el coche y fui a Gonfalone. Lo

primero que sentí al entrar fue la humedad. Los radiadores estaban gélidos, nadie había encendido la chimenea. Me quedó claro de inmediato que Laura no sólo no estaba en esa casa, sino que ni siquiera había llegado a ir...